



Rubén Darío

Salomón de la Selva

“Quiero tener una buena posición social”

Por: Valentín de Pedro

Cuenta Rubén, refiriéndose a sus amores con la “garza morena” de Managua, que un día dijo a sus amigos: “Me caso”. Y que “la carcajada fue homérica”. Dice también que “tenía apenas catorce años cumplidos”, lo que viene a corroborar nuestra presunción de cronofobia, pues tal cosa no pudo ocurrir sino en junio de 1882, con lo cual ya tenía quince años cumplidos. Y a continuación expresa:

“Como mis buenos queredores viesan una resolución definida en mi voluntad, me juntaron unos cuantos pesos, me arreglaron un baúl y me condujeron al puerto de Corinto, donde estaba anclado un vapor que me llevó en seguida a la República de El Salvador”.

Esto escribía Darío a los cuarenta y cuatro años. Y podríamos darlo por bueno si no existiera una carta de su puño y letra, escrita a los quince, precisamente en los días a los cuales que refieren las líneas anteriores. Pues él mismo es quien se rectifica, atengámonos a lo que en ella dice. Escribió esa carta a su gran amigo de León, Francisco Castro, y está fechada en Chinandega el 3 de julio de 1882. Chinandega es la capital del departamento nicaragüense de este mismo nombre, que confina con León y con el Pacífico. Cuando Rubén abandonó Managua, se dirigió a la casa de su tía abuela en León, y muy pronto pasó a Chinandega como si fuera acercándose a la costa oceánica. Puede que en sus últimos tiempos de permanencia en la capital hablara de casarse en un rapto de apasionado frenesí, como también que sus amigos celebraran semejante ocurrencia con homéricas carcajadas, pero en ese terreno las cosas no pasaron de ahí. Si se marchó de Managua fue porque no podía prolongar ya por más tiempo su permanencia en la capital; ya no podía tener esperanza alguna de que se modificara lo

acordado con respecto a la forma en que podía gozar de la protección gubernamental. Se le conminaría a dejar el Hotel Nacional y a trasladarse a Granada, para ingresar en el Instituto de Oriente. Prefería volver a la que podía considerar su casa de León. No sin antes dejar para su publicación en El Ferrocarril unos versos que aparecieron en este periódico en su número del 3 de junio de 1882, fiel reflejo de su estado de ánimo en aquellos instantes y cuyas cuartetas primera y última, decían:

Allá va siempre afligido
aunque aparenta la calma;
las tempestades de su alma
condensa en hondo gemido.

Melancólico y sombrío
allá va. ¿Sabéis quién es?
Oíd si lo ignoráis, pues:
el poeta Rubén Darío.

Significativamente, tituló este poemita “Ingratitud”. Ingratitud que él cargaba a la cuenta del mundo, ya que éste, dando pruebas de tremenda insensibilidad, humilla al poeta que le ofrenda sus cantos y en ellos “la verdad, la gloria y la redención”. La carta a que nos hemos referido está escrita al mes justo de la publicación de estos versos. Y, a juzgar por tal carta, ese mes ha sido un verdadero desastre para él. Sobre todo, económicamente, si tenemos en cuenta que, según dice, ha ido a Chinandega en busca de dinero, y después de su fracaso por consiguiente revelador, dice:

“Chico: esta carta va por veinte. Oye: todo lo que aquí te diga no lo sabrá otro que tú. Sabes que estoy en una situación horrible. Vine a buscar dinero y me hallo debiendo más de cien fuertes. Chico, te ruego consigas algo para pagar la composición de un frac donde Tonino y me lo mandas antes del 14. Pienso irme al Salvador entonces. Búscame también mis camisas en mi casa, pídelas diciendo no tengo con qué mudarme. Mándame toda la ropa que puedas conseguir. Ha-

bla secretamente con Moncada recomendándole silencio y ve cuánto se reúne entre ustedes los muchachos, para ajustar el pasaje aunque sea. Mira si me puedes conseguir una valija también, pues la necesito para irme. No llego yo porque allí debo también mucho y no tengo con qué pagar. Pide y consigue mi revólver en casa de los muchachos Ibarra. Recóbralo y mándamelo también con unas dos cajas de tiros que están en mi casa, creo, o donde los mismos Ibarra. Chico: estoy al darme un tiro. Tú me conoces ya, ¡Qué te parece! Ayer y anteayer no comí de vergüenza en el hotel.... Esfuérzate, si me quieres ver por última vez, por venir antes del 15 ó 14. Mira, si ya llegó Gabriel Espinosa le dices que se venga contigo y le enseñas la carta también. Yo no llego a León ni que me muera... ¡Pobre mamá Bernarda! Que cuando sepa mi viaje se lo digan bien dorado, que la consuelen y le den resignación. ¿Ha comenzado a golpearme el mundo? Pues bien, ¡adelante! Tengo fuerza para que me lleve el demonio o para que me lleve Dios. Pídeles pronto, inmediatamente, cartas de recomendación que me ofrecieron Duarte y Selva, y a Ayón pídeselas en mi nombre y en el tuyo. Si puedes conseguirme otras, antes del trece, hazlo -que un amigo como yo nunca lo has tenido, pues te quiero como hermano.

Pídele a don Manuel Darío, en mi nombre, por supuesto, una docena de escaarpines y camisolas y... lo que le puedas arrancar. Si se niega, ¡con su pan se lo coma!... Mándame algún libro para ir leyendo en el vapor.

Compadece a tu hermano que te quiere,

Rubén”

¡Pobre mamá Bernarda!... Para ella toda su ternura filial. En cambio, en la alusión al padre, vemos todo el “desapego”

que por él sentía. Está ahí expresado lo poco que esperaba de él, y lo poco que se le daba de que se mostrase con él generoso o no. Fueron, pues, sus amigos y compañeros de León y no sus “buenos queredores” de la capital, quienes le ayudaron a embarcarse en el puerto de Corinto, del departamento de Chinandega, y muy cercano a su capital, que lleva el mismo nombre, y donde se encontraba en situación tan apurada.

Llegó Rubén a El Salvador a principios de agosto de 1882. Y como él ha contado deliciosamente aquel episodio de su mocedad, nada más lógico que cederle a él la palabra:

“Gobernaba este país entonces del doctor Rafael Zaldívar, hombre culto, hábil, tiránico para unos, bienhechor para otros, y a quien, habiendo sido mi benefactor y no siendo yo juez de historia, en este mundo, no debo sino alabanzas y agradecimiento. Llegar yo al puerto de La Libertad y poner un telegrama a su excelencia todo fue uno. Inmediatamente recibí contestación halagadora del presidente, que se encontraba en una hacienda, en el cual telegrama era muy gentil conmigo y me anunciaba una audiencia en la capital. Llegué a la capital. Al cochero que me preguntó a qué hotel iba, le contesté sencillamente: “Al mejor”. El mejor, de cuyo nombre no puedo acordarme aunque quiero, lo tenía un barítono italiano, de apellido Petrilli, y era famoso por sus macarroni y su moscato espumante y las bellas artistas que llegaban a cantar ópera y a recoger el pañuelo de un galante, generoso, infatigable sultán presidencial. A los pocos días recibí aviso de que el presidente me esperaba en la casa de gobierno. Mozo flaco y de larga cabellera, pretérita indumentaria y exhaustos bolsillos, me presenté ante el gobernante. Pasé entre los guardias y me encontré tímido y opacado delante del jefe de la república, que recibía, de espaldas a la luz, para poder examinar bien a sus visitantes. Mi temor era grande y no encontraba palabras que decir. El presidente fue gentilísimo y me habló de mis versos y me ofreció su protección; más cuando me preguntó qué era lo que yo deseaba, contesté, ¡oh, inefable Jerome Paturot! con estas exactas e inolvidables palabras que hicieron sonreír al varón de poder: “Quiero tener una buena posición social”, ¿Qué entendería yo por tener una posición social? Lo sospecho”.

Continuará...